

DUROSELLE (J. B.): *Histoire diplomatique de 1919 à nos jours*. Paris, Etudes Politiques, Economiques et Sociales. Dalloz, 1953. Un vol. de 774 págs.

La existencia de manuales consagrados al estudio de las relaciones internacionales contemporáneas no es tan abundante como la de obras parciales consagradas a problemas, países o períodos muy concretos, y, con preferencia a la narración biográfica, generalmente de alcance polemista. No es fácil, en realidad, relatar ponderadamente acontecimientos vividos por nuestra generación, en los que forzosamente todos hemos tomado una posición —incluso temperamental o subconsciente— que nos resta luego objetividad y perspectivas. Además, las cancellerías son parcas en la exhibición de sus fuentes documentales (salvo las de los vencidos al alcance de sus adversarios) si no es con fines propagandísticos. De ahí que lo que con el deseo de acentuar su carácter objetivo, de narración histórica, llama Duroselle "historia diplomática", es más bien "política internacional", porque el período de 1919-52, abarcado por el libro, sólo se puede considerar histórico pensando en la magnitud de los acontecimientos que ha registrado, muchos en pleno curso evolutivo. Y de ahí también que la ingrata y meritoria labor del autor tenga como recompensa el interés que despierta entre extensos y variados sectores de lectores, desde los más especializados hasta otros simplemente interesados.

El libro presenta una característica no exclusiva del autor, sino más bien típica en los tratadistas franceses. Se omite la política interior de los Estados, a pesar de sus conexiones con la exterior —sin conocer aquélla es difícil explicar ciertos hechos de ésta, y de ahí las fugaces alusiones— al contrario de lo que suelen hacer los anglosajones, como Gathorne-Hardy, W. C. Langham y el mismo Toyhbee. También es fran-

cés el criterio de dar una enorme preponderancia al estudio de la política europea sobre la extraeuropea —y dentro de aquélla hacer de Francia el eje histórico o clave de casi todo su desarrollo— con una cierta desproporción, porque, ya en 1919, América y Japón giraron en órbitas extraeuropeas y porque desde 1939 Europa no es el más importante objeto de la Gran política mundial, ni mucho menos su sujeto. Pero estos son reparos que no disminuyen la utilidad del libro.

La clasificación de la obra es —inevitablemente— un tanto convencional. Tres partes llamadas "La paz ilusoria" (1919-33), "La época de Hitler" (1933-45) y "La segunda posguerra" (1945-51) con cinco, siete y dos capítulos respectivamente, más una suerte de conclusiones sobre la situación internacional al comienzo de 1952.

En la primera parte se abordan las primeras consecuencias de los Tratados de paz: fronteras, garantías, reparación, vacíos regionales, "cordón sanitario", reparto del botín colonial y comienzos de la Liga Ginebrina. En general, el tiempo, o mejor la Segunda Gran Guerra ha hecho *enfriarse* a la contemplación de los problemas de la primera, pero Duroselle acusa un eco, quizá tardío, de las tesis propias de Clemenceau, Tardieu, Pichon y Klotz, sobre la mala fe —o resistencia a cumplir los Tratados— de Alemania, y la ambigüedad británica, que destruyeron en germen el edificio de los Tratados. Sigue luego por las Conferencias y problemas que condujeron a Locarno; Cannes, Génova, Rapallo, la ocupación del Rhur, el plan Dawes, el protocolo ginebrino y, en menor escala, los asuntos del Mediterráneo y la entrada de la U. R. S. S. en el concierto

exterior. Locarno, el Pacto Briand-Kellogg y el Plan Dawes merecen otro capítulo, con un apéndice mediterráneo tan breve que ni siquiera registra los acontecimientos marroquinos de 1923-27; el lector, por ejemplo, sólo conoce el problema de Tanger por los sucesos de 1940 y los Acuerdos de 1945, pero sin que se le haya explicado nada de los de 1923-28. Los problemas extraeuropeos hasta 1929 (es decir, hasta el gran boom económico) se le presentan después: Conferencia de Washington, rápidos resúmenes sobre Extremo y Medio Oriente, Africa, América y los Dominios. Repetimos que estos capítulos extracuropeos no son recusables pero sí insuficientes en relación con los otros.

La "época de Hitler" dedica gran atención a la aparición del fenómeno nazi y sus primeras derivaciones: fracaso del desarme, crisis de 1934, Sarre, tentativa de "Pacto a cuatro". También se estudian con cuidado las crisis de 1935-36 (rearme, guerra de Etiopía, guerra española y Eje), el *Aachhus*, el fin de Checoslovaquia y Albania. La parte que se refiere a la guerra española refleja el punto de vista gubernamental francés de 1936-39, un tanto excesivamente ingenuo (en el estado actual de conocimiento de los "secretos" en torno a la No-intervención y a otros aspectos de la guerra española, el autor hubiera debido consignar más y más proporcionados datos). El relato sigue sobre la crisis polaca, el estallido de la guerra, su fase europea (hasta 1941) y la fase mundial (1941-45), con un intercalado sobre los problemas extracuropeos de 1933 a 1941, también un tanto elemental y simplista: Estados Unidos son los "buenos" de la buena vecindad, aunque los ingenuos de la neutralidad, mientras que Japón es el "malo" de la expansión agresiva en Asia. Esta parte ofrece a menudo confrontaciones sorprendentemente imparciales sobre actitudes parciales en la guerra y curiosos datos sobre negociaciones, planes y tentativas, no siempre del dominio del lector medio español. Por desgracia, las alusiones, no excesivas, al papel de España ante el conflicto, y la actitud ante España de los beligerantes, acusa un poco del "espíritu de Potsdam", o si se prefiere del mal humor francés de 1945, super-

puesto a un viejo complejo que no respeta ni a los intelectuales más dispuestos a ser objetivos. Por ejemplo, omite las tentativas de paz españolas, relaciona la ocupación de Tanger con el ataque italiano a Francia, fantasea sobre la entrevista de Hendaya, destacando que Portugal fué "garantido" en 1943 contra un eventual ataque español.

La tercera parte estudia el fracaso de las grandes conferencias en el período 1945-47, que es también el de la O. N. U. tal como se la concibió. En este estudio se intercalan, más ampliamente que antes, problemas no europeos: la Liga Árabe y la emancipación del Extremo Oriente. Nacidos los dos bloques, se estudia la "guerra fría" en sus facetas centroeuropea, atlántica, china, coreana, nipona, indonesia, israelita e india; la marcha del bloque soviético y el nuevo curso de las relaciones interamericanas. Como se ve, Africa y el Pacífico insular casi no figuran en el contenido de la obra, que acaba en el comienzo de 1952. Es una lástima que no se la haya mantenido totalmente al día, puesto que se imprimió bien entrado 1953.

El libro tiene un pequeño apéndice sobre los anglosajones, Vichy y los protocolos de París (1941) que no comprendemos por qué no figuró —incluso como llamada o nota— en su lugar dentro del texto, salvo que ello obedezca a razones puramente locales. Una bibliografía selecta dividida en obras principales o de conjunto, de política europea y extracuropea, y dos índices (onomástico personal y geográfico). Estos complementos refuerzan mucho la utilidad del libro, facilitando seguras y útiles indicaciones a los interesados en ampliar y profundizar en los diferentes problemas.

Naturalmente, tan extenso trabajo tiene algunos errores. Antonescu no era "el jefe del Movimiento Legionario" sino quien lo derrocó y sucedió; Sultanch no era "Sultán", la Organización Europea de Transportes continentales no se creó el 17 de diciembre de 1945 como "institución especializada" de la O. N. U. Pero estos son pequeños lunares para un conjunto tan brillante y excelente.

J. M. C. T.

SERGIO FERNÁNDEZ LARRAÍN: *Informe*. Santiago de Chile, Zig-zag, 1954, 179 págs.

Con el título del epígrafe se ha publicado en Chile, en el mes de diciembre último, una obra sobre la penetración comunista, de que es autor el destacado hombre público, ex senador y conocido hispanista don Sergio Fernández Larrain. El libro en referencia, que ha provocado verdadera conmoción en todos los sectores de la opinión nacional, es el texto de un informe, objetivo y documental, leído por el señor Fernández Larrain, en su calidad de Presidente de la "Comisión permanente para investigar las actividades comunistas del país", en la significativa fecha del 12 de octubre del año pasado, ante la Convención General del Partido Conservador Unido celebrada en Santiago. En un principio, este documento estaba reservado a un círculo restringido de personas, los miembros de dicha asamblea; pero, después de haber trascendido su contenido a la Prensa y de haber quedado de manifiesto la patriótica conveniencia que existía en darlo a conocer al país entero, la directiva conservadora autorizó que fuera entregado a la imprenta.

En 1947 se dictó en Chile la llamada Ley de Defensa de la Democracia, que proscribió al Partido Comunista de la vida pública, sancionó sus actividades y dispuso incluso la eliminación de los registros electorales y, por consiguiente, del derecho a sufragio, de todos sus militantes reconocidos. Sin embargo, debido a la tolerancia de los Gobiernos de tendencia izquierdista que han dirigido el país en los últimos años, el comunismo ha podido reorganizarse, extender sus tentáculos, editar libremente libros, folletos y periódicos y constituirse en una fuerza poderosa y temible.

Para dirigir la acción de las diversas secciones o "partidos" de la internacional comunista, el Kominform utiliza cuatro grandes departamentos. La "Sección D" tiene a su cargo América del Norte y América del Sur. Sus oficinas funcionaban en México y Ciudad de Guatemala; pero estas últimas, a raíz de la caída del Gobierno de Arbenz, fueron trasladadas, según el autor, a Valparaíso, el principal puerto de Chile.

A través de los once documentados capítulos de que se compone el "informe"—a saber: "Consideraciones preliminares", "Esbozo histórico de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Chile", "Se reconstituye la Internacional comunista: el Kominform y las organizaciones mundiales de masas", "El Partido Comunista de Chile", "Las organizaciones con las que opera el Partido Comunista de Chile", "Otras organizaciones", "Turismo soviético", "Los grandes actos", "El comunismo en las actividades nacionales", "La Universidad de Chile" y "Conclusiones"—, el autor traza un cuadro completo y, ¿por qué negarlo?, alarmante, de las proyecciones alcanzadas por la quinta columna roja en su patria.

Lo grave no es sólo la existencia de un "Partido" comunista fuerte y disciplinado, dotado de grandes medios de propaganda y de peligrosa influencia en las directivas sindicales, sino también la actividad de innumerables organizaciones, centros, instituciones gremiales y otras entidades que, en formas más o menos encubiertas, sirven las consignas soviéticas en todos los círculos de la vida nacional.

Don Sergio Fernández Larrain dedica largas páginas a descarnar, con gran acopio de documentos irrefutables, el origen, organización y actividades de numerosos organismos pro-comunistas, tales como la agrupación política denominada "Frente del Pueblo"; el "Movimiento de Partidarios de la Paz"; los "Comités Femeninos de Unidad"; los "Centros Culturales" (chileno-chino, chileno-rumano, amigos de Polonia, chileno-húngaro, chileno-húngaro, amigos de Checoslovaquia), el "Movimiento por la Paz y los Derechos Humanos"; la "Unión por la Patria"; el "Congreso de la Cultura"; la "Central Única de Trabajadores de Chile" (CUTCHL); las variadas entidades que actúan en el plano universitario, campesino, deportivo, intelectual, etc.

En el orden editorial, la falta de una enérgica aplicación de la Ley de Defensa de la Democracia ha permitido que el Comunismo cuente, sólo en la ciudad de Santiago, con tres editoriales (una de las cuales funciona con más de 100 empleados) y

publique en el país alrededor de 100 diarios y revistas que difunden las ponzoñosas consignas revolucionarias del Kominform.

Mención especial merece también la actitud de ciertos elementos pertenecientes a partidos de izquierda, intelectuales "independientes" y aun católicos desorientados, que, por demagogia, inexperiencia o abierta complicidad, se prestan para hacer el juego al comunismo internacional.

La obra de don Sergio Fernández Larraín es, sin duda, el trabajo más serio y

minucioso que se ha hecho en país alguno sobre la organización, ramificaciones, tácticas y actividades de la secta moscovita. Constituye una campanada de alarma que, ciertamente, sacudirá las conciencias en una nación como Chile, cuyos últimos Gobiernos, dando amplitud abusiva a los conceptos de libertad y democracia, han tolerado que los enemigos de la democracia y de la libertad alcancen un poder que está socavando los cimientos mismos de la estructura institucional del país.

JORGE I. HUBNER G.

JACQUES CHÉROY: *Où va le Japon?*, Hachette, París, 1954, 382 págs.

No responde en Europa, con destino a un amplio sector de lectores no especializados, una información del todo en consonancia con el papel que Asia desempeña en la coyuntura internacional. Este es uno de los motivos por el que destacamos el gran interés que presenta *Où va le Japon?*, de M. Jacques Chéroy. Insistimos además en el mérito intrínseco de esta obra, que ausculta, analiza, desmenuza, explica y permite comprender el llamado "milagro japonés" desde 1853 hasta la derrota de 1945, seguida de la ocupación, la democratización a paso militar del país, el viraje de la política americana respecto al Japón—en gran parte bajo el imperativo de los acontecimientos internacionales de 1948—, el tratado de paz, etc.

Ese gran Japón, que a momento dado se proyectó sobre toda Asia, M. Chéroy nos lo muestra como el producto de un siglo es caso de metamorfosis realizadas con una rapidez y seguridad sin precedente en la Historia. Estas eran a su vez resultantes de una serie de causas múltiples, geográficas, históricas y raciales. Por estos motivos, a mediados del siglo XIX, por su unidad material y moral, el Japón es la única nación de Asia que está en condiciones no sólo de resistir el asalto de Occidente, sino de aprovecharlo. A estas circunstancias hay que agregar otras materiales, decisivas para el éxito de la revolución industrial. Entre ellas señalaremos yacimientos de carbón abundantes cerca de los puertos y el hecho de que en los últimos tiempos del *shogunat* el Japón vivía en condiciones económicas "más próximas—de hecho, si no de dere-

cho—de las condiciones occidentales que cualquier otro país asiático".

La revolución industrial alentada por el Gobierno acarrea en su primera etapa un capitalismo de Estado al que sucede, después de la crisis financiera de 1880, una concentración capitalista que a finales de siglo se alía con el estatismo, de suerte que el Japón logra condiciones de producción con las que sólo podrán competir mucho después los regímenes totalitarios, instalándose por ello "en la vanguardia de la evolución económica del mundo". Sobre el nacimiento, evolución y consolidación de los trusts—los *zaibatsu*—y el mecanismo de su conquista indirecta del poder político—a través de los bancos y el control de las tres cuartas partes de los depósitos—, escribe M. Chéroy páginas tan documentales como aleccionadoras para explicar con lógica implacable la conjunción de intereses y ambiciones existente entre el ejército y los trusts. De ahí que el Japón hubiera de desembocar en una política de expansión, única salida que le quedaba en un mundo territorial y comercialmente empequeñecido por América y Europa, siendo necesario, entonces, pensar en la solución del problema japonés a la escala de la gran Asia.

El primer paso hacia esa meta—la guerra con China—sólo provocó la inercia de las potencias occidentales. Entre tanto—de 1931 a 1937—, el Japón había llevado a cabo una formidable reconversión industrial, después de la cual se aprestó a actuar, con vistas a la instauración de un orden comprensivo de cuatro grandes espacios económicos: Euroáfrica, América, el Bloque so-

viético y Asia oriental. Pero el programa japonés de coprosperidad asiática sufrió inicialmente de contradicciones, claramente expuestas y razonadas en *Où va le Japon?* Se fueron agravando en el curso de la aplicación de ese programa, dadas las exigencias de la situación bélica. Cuando la lucha iniciada contra Occidente, al grito de "Asia para los asiáticos", evolucionó hacia la derrota previsible, el Japón sacrificó sus intereses inmediatos a otros remotos y se aplicó a desencadenar por doquier las fuerzas soñolientas del nacionalismo asiático. Entonces, "sus ideales tomaron todo su sentido y afirmaron todo su poder". La derrota del Japón apareció sólo como un episodio de una guerra que aun se prosigue.

M. Chéroy estudia las causas que produjeron esa derrota y las reduce al agotamiento económico del Japón. Este no cayó entonces de rodillas: se postró. Con sereno espíritu de investigación y poco común conocimiento del tema, M. Chéroy traza el cuadro de "una nación en peligro". Frente al propósito fundamental allado de quitar al Japón los territorios conquistados, alza las insoslayables realidades de un país en ruinas. En primer término estaba el problema demográfico, que se convierte en problema económico, empezando porque la agricultura japonesa no puede cubrir las necesidades del consumo, y terminando por la ruina de una industria muy vulnerable, por estar concentrada. Pero el inventario de los recursos naturales del país—excluidas las posibilidades de importación y exportación—permite una cierta esperanza teórica, pues "la prosperidad de una nación descansa menos en sus riquezas que en su trabajo", siempre que las relaciones económicas no tuvieran que conformarse a los imperativos de la dependencia política, como era el caso del Japón. Esta pésima situación no remedia; ba el estado de abatimiento de las masas, ni el derrumbamiento de las estructuras sociales—máxima tragedia del Japón—. En contrapartida se creó una especie de igualdad sobre la base de la miseria común, al mismo tiempo que una cierta unidad de clase "potencia virtual que fué tomando conciencia de sí misma" por parte de la clase obrera. De suerte que el problema

social desembocaba en un problema político.

Un mundo finalizaba: el del Estado japonés, que, sin choques, había sucedido al feudalismo. Con la era Mac Arthur se pretendió que naciera otro basado en la pre-ocupación americana de conseguir ante todo la seguridad, quedando relegada a segundo término la suerte económica del país. Aunque en principio Mac Arthur fuera el delegado interaliado de la ocupación, en la práctica fué el dueño del país, merced a un concurso excepcional de circunstancias. Y gracias al sistema de la administración indirecta, un siglo después de los Meiji, los americanos hicieron de nuevo la revolución desde arriba, pero con una contradicción inicial: la de que se trataba de una democracia impuesta. Pese a los esfuerzos democratizadores del ocupante, la Constitución de 3 de noviembre de 1946 incluía íntegramente el texto de la anterior Constitución Meiji. Por otra parte, las reformas debidas a Scap, sometidas a la prueba de la práctica, sufrieron del choque con la trágica situación económica, que quedaba al margen de las preocupaciones del ocupante. De tal suerte ésta iba a comprometer el desarrollo de tan estimadas reformas, que América se vió obligada a modificar totalmente su política. Este hecho se sitúa en 1948 y señala un viraje importante de las relaciones americano-japonesas. Más que un cambio de métodos reflejó una revisión de los objetivos fundamentales como consecuencia de una alteración de la situación internacional (derrota de los nacionalistas chinos, avances comunistas en China, etc.).

Para hacer frente a la amenaza de ban-carrota, Mr. Joseph M. Dodge estableció un plan cuya aplicación, indispensable para enderezar con remedios drásticos la situación, llevó a Estados Unidos a apoyar al Gobierno japonés, y luego, a ir reconstituyendo las fuerzas de la reacción, convocando así serias incidencias políticas y sociales. Esto significaba, además, una renuncia a los objetivos que al principio se proponían los aliados en el Japón. Con la guerra de Corea se inicia una nueva fase de la ocupación, caracterizada por una mejora de la situación económica y una mayor rigidez gubernamental frente a la oposición política, sindical y universitaria,

hasta llegar después del Tratado de Paz, minuciosa y perfectamente estudiado en esta obra, a la fase del "Japón amigo y aliado" a finales de 1951, menos de diez años después de ser arrojada la primera bomba atómica sobre Hiroshima.

Es en la última parte de la obra donde se intenta formular, sin osadas preturas, sino con cautela, una respuesta a la interrogante que el título de la obra que nos ocupa plantea. Y aquí vemos cuán indispensable era conocer todos los antecedentes de la situación actual del Japón para aproximarse a un juicio relativo a su futuro. Caracterizada por la inadecuación del ideal democrático americano a las realidades japonesas, por las complejas reacciones del cuerpo social a las medidas gubernamentales, puede afirmarse, no obstante, que, actualmente, el Japón, en sus diversas expresiones políticas, es nacionalista y pacifista, como lo demuestra su resistencia al rearme proyectado. Pero dentro de esa definición general, se opone un Japón oficial a un Japón real, del que M. Chéroy nos da noticias muy interesantes en cuanto a las corrientes de pensamiento que lo dominan, entre las que adquieren vigor las llamadas fuerzas "de izquierda", sin excluir, por cierto, el Comunismo, que, "atacándose a los problemas de base económicos y sociales, entiendo responder de modo inmediato a las aspiraciones populares", en tanto que "el ideal propuesto por Occidente a Asia sólo representa allí, a lo sumo, un valor a largo plazo".

Por otra parte, los deseos de intercambios comerciales del Japón, vitales para él, que hallan respuesta sustancial en una China roja en vías de reconstrucción, explican la repugnancia del país y el Gobierno a una vinculación demasiado estrecha con Occidente, en la que el Japón tendría el papel de avanzadilla, contra los asiáticos. Obligado por acuerdos firmados a regañadientes, el Japón no renuncia, lejos de ello, a ser miembro de la comuni-

dad asiática, lo cual mantiene tensa su voluntad de no hacer elecciones definitivas. Deja soplar el "viento del Este" y el "viento del Oeste", y entre dos potencias cuyos apetitos conoce, "aspira a una política que se limite a sus intereses", aun sin perder de vista un ideal de solidaridad oriental que le hace permanecer atento al desarrollo de los nacionalismos cuyas tendencias convergen hacia una idéntica meta de libertad y de justicia, que Asia debe alcanzar por sí misma. De ahí su interés por los afanes de la India para crear una tercera fuerza.

Como lo confirma esta obra, que toma muchas precauciones para reflejar la movidiza realidad, el Japón está sometido a muchos influjos internos y externos, todos ellos muy complejos, y "es muy aventurado prejuzgar el sentido de su evolución". Por tanto, M. Chéroy no contesta explícitamente a la pregunta que él mismo formula. Pero lo hace implícitamente al poner a disposición del lector todos los elementos para que éste saque conclusiones que, a nuestro juicio, no son optimistas respecto a la posibilidad de convertir a Japón en soldado de Occidente en Asia. Las duras pruebas sufridas por este país y todas las razones que aduce Mr. Chéroy muestran que el Japón no ha perdido la esperanza de desempeñar un papel histórico, a su medida, en cuanto nación asiática. Es ésta una opinión personal, pero bien parece que M. Chéroy ha tenido el propósito de que cada cual concluya de modo subjetivo sobre la base de un libro que estimamos muy propio para orientar, informar y dar mucho que pensar. Creemos que es éste el máximo elogio que se puede hacer de una obra debida a un autor que, aunque no conocido en el panorama bibliográfico francés y carente, al parecer, de títulos o empleos administrativos, se muestra como un especialista de talla en la cuestión japonesa.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

OTTO VON HABSURG: *Europa en la Emergencia*. Editora Nacional, Madrid, 1954. Traducción del alemán por Adolfo Fojo Colmeiro.

En los años 1951 y 1952, cuando el Archiduque Otto de Habsburgo dió a conocer, en diferentes capitales europeas y de Estados

Unidos, las conferencias recopiladas en este libro, el horizonte político de Europa, quizá, apareciera más sombrío que en la actuali-

dad, después de los últimos acuerdos de París, por los que se columbra un destello de esperanza. De aquí, el tono pesimista de este libro, que sigue estando justificado, si tenemos en cuenta, al considerar el emplazamiento histórico de los problemas, que los mismos ceñan raíces en errores irreparables de difícil curiendaa.

Así vemos que la secuela de dislates políticos y diplomáticos, primero en 1919 y después entre 1941 y 1945, al destrozar a Europa sentaron las bases del caos actual:

Los tratados que pusieron fin a la guerra de 1914 a 1918, aceptaron el principio de las nacionalidades, como sinónimo de comunidades idiomáticas, destruyendo las dos grandes colectividades austro-húngara y otomana, para sentar las premisas del ascenso de Hitler al poder con sus dramáticas consecuencias. Los resultados de Yalta, estableciendo la barrera política y económica, divisoria del continente en dos mitados impenetrables, son de sobra conocidos.

Dentro de esta perspectiva histórica examina el autor las realidades actuales: los problemas políticos y sociales internos; las economías de cada nación fuera de cauce; el fracaso de sistemas que fueron recomendados como auténticas panaceas, y contienen dentro de sí todos los términos de descomposición, y por encima de todo ello, una auténtica falta de justicia, que habría de ser el supuesto de cualquier intento sincero de pacificación.

Las soluciones radican en volver a cobrar la línea perdida. La idea clara de Occidente y de Europa, basada en un sentimiento auténtico de la Historia y de la tradición. Entender que el concepto de Europa no puede definirse sólo con datos geográficos, porque antes que nada, es una unidad cultural independiente formada por un espíritu humanista y cristiano, que asegura la forma más noble de progreso: la libertad de la persona.

Aceptando estos supuestos podrá lograrse la unidad económica y financiera y la orgánica de la política exterior, que conferirá al ejército europeo su verdadero sentido y eficacia.

Estos son los conceptos fundamentales que maneja el autor para llegar a la conclusión de que si se quiere "conferir a este nuevo mundo una base firme, toda la humanidad precisará del acervo de experiencia histórica

y de sabiduría diplomática que sólo nuestra Europa posee".

Revisten especial interés, las páginas dedicadas a la estructuración y ordenamiento del espacio danubiano. Al tratar este problema, tan esencialmente ligado a su persona y a su destino, el Archiduque Otto se muestra realista. Ataja la objeción, que fácilmente sale al paso: ¿Ante lo inmediato de la amenaza rusa, por qué no aplazar los problemas de reconstrucción para cuando sea posible?

Con este argumento, dice, la U. R. S. S. y sus amigos consiguieron que las naciones libres no se ocupasen de prepararse para la victoria, y, faltas de plan, quedaron inermes ante la máquina política rusa, preparada a lo largo de años enteros de intensa labor.

La cuestión vital que se plantea, para el momento de la liberación de los países del Centro y del Este, es la siguiente: ¿Deberán estas naciones entrar cada una en la Unión Europea independientemente de las otras, o deberán constituirse en federaciones regionales? Por razones de realismo político, se inclina por la segunda solución, en el entendimiento de que dichas federaciones habrán de estar caracterizadas "por una gran cantidad de intereses económicos, políticos y culturales comunes".

En la segunda parte del libro, se incluye un sistema de ideas sobre los temas de la libertad y de la política social europea contemporánea. En este orden, describe un panorama desolador "por el derrumbamiento del sentido jurídico y moral, que hoy vivimos". Afirma, que nos enfrentamos con el dilema de Estado totalitario o plena libertad humana, sin soluciones intermedias, y señala uno por uno los errores del totalitarismo en todos los aspectos de la vida social, religiosa, política y económica.

Finalmente, hemos de hacer notar que la relevante personalidad del Archiduque Otto, le atribuye una experiencia de primer orden en los asuntos políticos de Europa. Por ello cada apreciación, cada frase, nos ofrece la garantía de su indiscutible autoridad y si algunos conceptos pueden ser discutibles, no es menos cierto que la consideración, en conjunto, de sus reflexiones, representa un intento serio de abrir nuevos caminos a la ordenación social e internacional de la Europa del futuro.

FELIPE MORALES

